

en 1667 y 1668 en el Mosela, cerca de Tréveris; derribar las obras de Fort-Luis y de Huninga en la orilla derecha del Rin, y restituir Philippsburgo y Friburgo. Además, renunciaría, en nombre de la duquesa de Orleans, á sus reivindicaciones territoriales y daría al duque de Lorena un equivalente de su ducado, «por más que el último duque hubiera rechazado lo que en favor suyo se estipulara en el tratado de Niméga.» «Consiento también, añadía Luis XIV, en que, si alguna de las reuniones anteriormente hechas no está ajustada á los tratados, se nombren comisarios de una y otra parte para examinar de nuevo las razones de los que se quejen de ellas.»

Estas proposiciones no parecieron sinceras; además sólo interesaban al emperador, y los aliados podían considerárselas como «un medio para desunirlos y vencerlos luego separadamente.» Por otra parte, á Leopoldo le extrañó que para nada se tratase de la cuestión de la sucesión de España ni de la ratificación de la renuncia consentida por María Teresa al tiempo de su matrimonio. El emperador, además, reclamaba la plaza de Casal so pretexto de que el duque de Mantua había perdido, por felonía, los derechos que tenía sobre aquel feudo imperial (1).

Luis XIV adicionó sus proposiciones pacíficas con las siguientes: restituiría á España las conquistas realizadas en Cataluña y las ciudades de Mons, Namur y Charleroi, plazas estas tres últimas que reforzarían la «barrera» que las Provincias Unidas querían mantener entre ellas y Francia; y en caso de que Carlos II muriese sin hijos, no se opondría á que los Países Bajos españoles fuesen cedidos al elector de Baviera, á favor del cual renunciaría él á hacer valer sus derechos sobre aquellas provincias siempre y cuando el emperador hiciese otro tanto. Además de estas condiciones destinadas á satisfacer á los holandeses, Luis XIV les prometía restablecer el comercio sobre la base del tratado de Niméga.

Al mismo tiempo, entablábase negociaciones secretas en Bruselas, adonde Francia había enviado al padre Morel para discutir con uno de los familiares de Guillermo III, el diputado Everardo de Neede, señor de Dyckweldt. Portavoz del pensionario de Holanda y del rey de Inglaterra, Dyckweldt pidió á Luis XIV que restituyese, además de las ciudades de los Países Bajos perdidas por España durante aquella guerra, las de Tournai, Condé, Yprés, Maubeuge y Menin, cedidas á Francia por tratados anteriores, que servirían, decía, de compensación por el Luxemburgo y consolidarían la defensa de los Países Bajos. Luis XIV negóse á ello, diciendo que el mejor modo de asegurar la protección de las Provincias Unidas era constituir los Países Bajos en Estado independiente bajo el gobierno de un príncipe bávaro. Guillermo procuraba por bajo mano atraerse á Suecia á fin de obtener de Francia condiciones más ventajosas, y Luis XIV dejaba á Carlos IX el cuidado de hacer, como de propia iniciativa, todas las proposiciones que pudiesen conducir á la paz. Era, sin embargo, imposible llegar tan pronto al resultado apetecido, y en el verano de 1694 se reanudaron las hostilidades.

La guerra transcurrió lánguidamente, pues los adver-

(1) Véase pág. 333.

sarios estaban extenuados y además temían comprometerse con una acción seria. En los Países Bajos, Guillermo quiso invadir la Flandes francesa y combinar sus operaciones con las de la escuadra inglesa que cruzaba delante de Dunkerque y de Calais; pero Luxemburgo, con hábiles maniobras, le cerró el paso.

En el mar, los corsarios franceses proseguían sus hazañas: Juan Bart, en el mes de junio, libertó á varios buques mercantes de Francia que, procedentes del Báltico con cargamento de trigo, habían sido capturados por los holandeses, y apresó á éstos tres buques de guerra. Aquella acción pareció tan grande, que se creó una medalla para conmemorarla y se concedió á Juan Bart un título de nobleza.

Las costas estuvieron bien defendidas. En el mes de junio ancló, cerca de Bertheaume y de Camaret, una escuadra anglo-holandesa compuesta de treinta y seis buques de guerra, doce goletas bombardas y ochenta embarcaciones pequeñas de transporte (2), y la intención del general Tollemache, que mandaba las tropas, era apoderarse de Brest, que la escuadra de Tourville había abandonado en el mes de abril. Pero Tollemache ignoraba que Luis XIV, sabedor de su propósito, había enviado á Vaubán para dirigir la defensa de aquella plaza; y así en 18 de junio, sus soldados, que habían logrado desembarcar, fueron recibidos con un fuego espantoso de artillería y de mosquetería que introdujo el desorden en sus filas, mientras algunos centenares de hombres de las compañías francesas y los milicianos guardacostas, armados en parte de bastones y de hoces, les acometían impetuosamente. La escuadra se retiró, dejando en la playa ochocientos muertos y quinientos prisioneros y habiendo perdido, además, tres buques. La flota anglo-holandesa visitó luego, en julio, los puertos de Dieppe y del Havre, y en septiembre los de Dunkerque y Calais; pero únicamente la ciudad de Dieppe, que sólo tenía algunos malos cañones para contestar al enemigo, sufrió los efectos del bombardeo, á consecuencia del cual muchas de sus casas, que en su mayor parte eran de madera, quedaron reducidas á cenizas.

En el Mediterráneo, Tourville y Château-Renault bloquearon la costa de Cataluña y secundaron al duque de Noailles que alcanzó grandes éxitos en aquella región; pero en el momento en que el duque amenazaba á Barcelona, una escuadra enemiga obligó á Tourville á retirarse á Tolón, salvándose gracias á esto la ciudad amenazada.

Desde el comienzo de las hostilidades luchábase también en las colonias. En la América del Norte, las contiendas entre canadienses y anglo-americanos por cuestión de fronteras ocasionaban frecuentes conflictos. Frontenac, gobernador del Canadá, realizó en junio de 1639 una demostración contra Nueva York, que no dió resultado alguno y á la que los colonos ingleses contestaron al año siguiente con una expedición contra Quebec, que resistió sus ataques. En cambio, se apoderaron de Acadia en 1691, conservándola un año en su poder. En 1694, de Iberville tomó Port Nelson, que era la factoría principal de la bahía de Hudson. En las Antillas, la isla de San Cristóbal, que poseían á medias franceses

(2) G. Toudouze, *La bataille de Camaret (18 juin 1694)*, con plano. «Revue d'histoire moderne et contemporaine,» 1899-1900.

é ingleses, fué totalmente ocupada por estos últimos en 1690; y en la India, los holandeses se apoderaron, en 1693, de nuestra naciente colonia de Pondichery.

El año 1694 había transcurrido sin que las armas francesas obtuviesen una señalada victoria, y en Inglaterra se decía: «Continuando la lucha con vigor durante un par de años, lograremos, sin duda alguna, obligar á Francia á aceptar condiciones que nos permitirán estar tranquilos en el porvenir y que impedirán que nos veamos envueltos tan fácilmente en una guerra.» Las negociaciones para la paz, seguidas sin grandes deseos de que el éxito las coronara, fueron estériles; la más importante de ellas tuvo lugar en el verano de 1694 en Maestricht entre Dyckweldt, en representación de las potencias marítimas, y los representantes de Francia, el consejero de Estado Harlay de Bonneuil y el diplomático Francisco de Callieres, comunicándose en noviembre el estado de las mismas á los ministros de los aliados reunidos en La Haya. Luis XIV aceptaba tomar los tratados de Westfalia y de Niméga como base de la paz, reconocer á Guillermo III y restituir las conquistas de la presente guerra y de las reuniones, excepción hecha de Luxemburgo y de Estrasburgo, en compensación de las cuales daría otras plazas equivalentes; pero no admitió que esas plazas equivalentes fueran, como pedían los aliados, las ciudades de Tournai, Condé, Yprés, Maubeuge y Menin. En su consecuencia, rompiéronse las negociaciones; y en diciembre de 1694 escribía Guillermo á Heinsius: «Esto me aflige profundamente, porque he de confesaros que la paz sería deseable bajo muchos conceptos; pero si el enemigo no la quiere, no queda más recurso que continuar la guerra con el mayor vigor, pues de este modo podrá llegarse á una paz duradera.»

### CAPITULO III

#### LAS ÚLTIMAS HOSTILIDADES. PACES DE TURÍN Y DE RYSWYK (1)

I. Agotamiento de los beligerantes. - II. El tratado de Turín. - III. El congreso y los tratados de Ryswyck. - IV. Resultados de la guerra de 1688.

#### I.—Agotamiento de los beligerantes

A pesar de la pretensión manifestada por Guillermo de «continuar la guerra con el mayor vigor,» las hostilidades fueron cada vez más débiles y la solemne renovación de la Gran Alianza, en agosto y septiembre de 1695, no impidió que los aliados atendieran cada uno

(1) FUENTES: Además de las generales indicadas anteriormente, Vasi, *Les grands traités du règne de Louis XIV*, en la «Collection de textes pour servir à l'étude et à l'enseignement de l'histoire,» 2.º fascículo, 1898. *Actes et mémoires des négociations de la paix de Ryswyck*, 2.ª edición, La Haya, 1707, 4 vol. Grimblot, *Letters of William III and Louis XIV and of their ministers (1697-1700)* (en inglés), Londres, 1848, el primero de los dos volúmenes. Wijnne, *Négociations du comte d'Avaux en Suède*, en 1693, 1697 et 1698, 3 vol.; 1884.

OBRA: J. C. Neuhaus, *Der Friede von Ryswyck und die Abtretung Strassburgs an Frankreich*, Friburgo de Brisgau; 1873. Leguelle, *Notes et documents sur la paix de Ryswyck*, Lila, 1894. G. Koch, *Die Friedensbestrebungen Wilhelms von England in den Jahren 1694-1697. Ein Beitrag zur Geschichte des Ryswycker Friedens*, Tübingen, 1903.

de ellos á sus especiales miras. Todos estaban extenuados; en Inglaterra, una crisis comercial y económica, agravada por una refundición de las monedas, pareció ser el preludio de una barcarota, de tal manera que en julio de 1696 el rey Guillermo pensaba en contratar un empréstito sobre su crédito personal; y en Francia los negocios extraordinarios ya no producían nada. Entonces fué cuando se ensayó la capitación (2) y luego se renunció á tener escuadra, desembarcando las tropas de marina para cooperar á la defensa de las costas. La decadencia de nuestras fuerzas marítimas se precipitaba.

Las operaciones militares fueron menos importantes que nunca. En 1695 y 1696 los ingleses atacaron nuestros puertos de Saint-Malo, Granville, Dunkerque, Calais, Saint Martin de Re y los Sables-d'Olonne; pero, como en los años anteriores, sus bombardeos no causaron sino daños insignificantes. En cambio, nuestros marinos ocasionaron grandes pérdidas al comercio inglés y al holandés; Juan Bart, en un crucero de tres semanas, capturó ó destruyó cuatro navíos, cinco fragatas y cincuenta buques mercantes.

En los Países Bajos, Villeroi, un favorito de Luis XIV, había reemplazado á Luxemburgo, recientemente fallecido. Los comienzos de aquel mariscal en el mando supremo fueron desgraciados, pues dejó que Guillermo se apoderase de Namur. Él, por su parte, bombardeó Bruselas en agosto de 1695: «Bombardeamos la ciudad, dice Berwick, durante dos veces veinticuatro horas, y jamás se vió espectáculo más espantoso ni más parecido á lo que nos cuentan del incendio de Troya. Se calcula que los perjuicios causados por ese incendio ascendían á veinte millones.» La reconquista de Namur, cuya toma por Luis XIV había sido tan celebrada, fué un gran triunfo para el rey de Inglaterra; pero se contentó con él, y en 1696 su preocupación principal fué impedir que sus tropas se muriesen de hambre.

Las negociaciones seguían, en el entretanto, su curso. En un memorándum holandés, ya no se hablaba solamente de las restituciones exigidas á Francia (Lorena, Pignerol, Estrasburgo y todas las reuniones), de las ventajas comerciales para los holandeses y de las seguridades para los protestantes extranjeros establecidos en Francia, sino, además, del reconocimiento inmediato y previo á todo acuerdo, de Guillermo III como rey de Inglaterra. Luis XIV mostróse pródigo en las concesiones, prometiendo la restitución de Luxemburgo ó de un equivalente, y proponiendo varios medios para resolver la cuestión de Estrasburgo, el principal de los cuales consistía en restituir la plaza á los estrasburgueses ó al cuerpo germánico. En el primer caso, las fortificaciones serían arrasadas; en el segundo, quedarían reducidas á lo que eran en el momento de la entrada de los franceses y no podrían ser aumentadas en lo sucesivo. Asimismo consentía en tolerar el ejercicio del culto protestante en Francia, en las casas de los cónsules holandeses. En cambio, se negó en absoluto á reconocer á Guillermo III antes de que se firmase la paz.

Tal era el estado de las negociaciones en el momento en que las potencias marítimas tuvieron noticia de la defección de Víctor Amadeo.

(2) Véase más adelante.

## II.—El tratado de Turín

Víctor Amadeo negociaba, desde el año 1663, con Francia, á la que pidió desde luego la evacuación de sus Estados, dinero y la restitución de Pignerol; prometiendo, á cambio de esas concesiones, salirse de la Liga y aun declararse contra ella, y ofreciendo, como prenda de su buena fe, enviar á Francia á su hija María Adalaida, en la esperanza de que se casaría con el duque de Borgoña, hijo del Delfín. Mas como Luis XIV no se daba gran prisa en atender esas proposiciones, el duque reveló aquellas negociaciones al emperador á fin de vender á buen precio la continuación de su alianza, y también ofreció su hija, confiando en que se casaría con José, hijo de Leopoldo. En vista de que éste tampoco le hacía gran caso, reanudó sus tratos con Francia.

La plaza de Casal, que Luis XIV había comprado al duque de Mantua (1), estaba estrechamente bloqueada en la primavera de 1695, y un ejército compuesto de imperiales, españoles y piemonteses se dirigía á sitiarla. Socorrerla era imposible, por lo que Víctor Amadeo, que temía tanto verla en poder de los imperiales ó de los españoles como en manos de los franceses, rogó á Luis XIV que diera al gobernador la orden de rendirse, después de una defensa para dejar á salvo el honor, con la condición de que la ciudad sería desmantelada. Luis XIV consintió en ello, y el día 9 de julio, después de ocho días de sitio, el gobernador francés capituló y entregó la plaza al duque de Saboya, quien mandó arrasar sus fortificaciones antes de restituirla á su legítimo poseedor el duque de Mantua.

Libre ya de la presencia de los franceses en Casal, Víctor Amadeo no pensó más que en recobrar Pignerol, cuando su representante en la Haya le comunicó que aquella ciudad no figuraba en las condiciones de paz ofrecidas por Luis XIV. Alarmado con motivo de las conferencias secretas que en Holanda se celebraban, é irritado por no haber obtenido el gobierno perpetuo del Milanesado que había pedido al rey de España, hizo saber á Luis XIV que firmaría inmediatamente la paz con él mediante la restitución de Pignerol. El rey, al principio, trató de retener, á cambio de aquella ciudad, Niza ó el valle de la Barcelonnette; pero luego, desistiendo de toda idea de compensación, pretendió no devolver Pignerol sino tres meses después de la ratificación del tratado que habría de concertarse. La entrada de Catinat en Italia al frente de cincuenta mil hombres que se encaminaron á Turín, puso término á los regateos del príncipe, firmándose en 29 de junio de 1696 un tratado secreto, por el cual Víctor Amadeo se obligaba á retirarse de la Liga y «se encargaba de emplear todos sus esfuerzos para conseguir de los aliados, en nombre del emperador y del Rey Católico, la neutralidad de Italia hasta la paz general.» Si aquéllos aceptaban, Luis XIV restituiría al duque de Saboya, así que las tropas extranjeras hubiesen evacuado Italia, la plaza de Pignerol desmantelada, Montmelian, Niza, Villefranche y Susa sin desmantelar, en una palabra, todos sus Estados; en caso contrario, Víctor Amadeo juntaría contra ellos sus fuerzas con las de Luis XIV

(1) Véase pág. 333.

para hacer la guerra al Milanesado, que, una vez reconquistado, sería cedido á aquél, á cambio de ceder él á Francia la Saboya. Además, mediaba la promesa de matrimonio entre María Adalaida de Saboya y el duque de Borgoña, y en consideración á ese enlace, los embajadores de los duques de Saboya recibirían en Francia los mismos honores que los representantes de los reyes. Luis XIV no ejercería en lo sucesivo la menor coacción sobre los asuntos interiores de la corte de Turín.

El duque desempeñó admirablemente la comedia para disimular su defección. Comenzó por presentar como simples ofertas las cláusulas ya firmadas y les pidió que le enviasen socorros ó le permitiesen entablar tratos con el rey de Francia, que había resuelto «exterminar todo el territorio;» y cuando consideró que se habían adoptado todas las precauciones contra los que hasta entonces habían sido sus amigos, firmó oficialmente, en Turín, en 29 de agosto, un documento público que no era más que la reproducción del tratado secreto.

Poco después, en cumplimiento del compromiso contraído, juntó sus tropas á las de Catinat, y al frente del ejército franco-piamontés invadió y asoló el Milanesado. Esa demostración fué suficiente, y el emperador y el rey de España, á fin de evitar nuevas pérdidas, se obligaron por el tratado de Vigevano, de 7 de octubre, á retirar sus tropas de Italia.

## III.—El Congreso y los tratados de Ryswyk.

Guillermo III, al tener noticia de que iba á pactarse una inteligencia entre las cortes de Versalles y de Turín, había comunicado sus inquietudes á Heinsius. Pensionario mayor de la provincia de Holanda desde 1689, era Heinsius, por decirlo así, primer ministro de la República de las Provincias Unidas y entre él y el rey-estadúder existían una amistad íntima y una mutua confianza. «Francia se mostrará de fijo más exigente,» decía Guillermo, temeroso sobre todo de que se firmase un armisticio en Italia que permitiera á los franceses llevar todas sus fuerzas al Rhin y á los Países Bajos. «En este caso, escribía, no veo que podamos continuar la guerra sin exponernos á una ruina cierta y habremos necesariamente de aceptar la paz tal como Francia tenga á bien imponérsela.» Esperaba, sin embargo, que, á pesar de la traición de Víctor Amadeo, Leopoldo proseguiría las hostilidades en el llano del Po hasta la pacificación general, porque caçaso la causa de la Gran Alianza no era principalmente la suya? ¿V la cuestión de Estrasburgo no figuraba por ventura entre las más importantes que tenían en suspenso las negociaciones secretas? Pero en 7 de octubre firmase el tratado de Vigevano é inmediatamente Guillermo significa al emperador su resentimiento por lo que él considera una deserción.

Al mismo tiempo que se agrían sus relaciones con Viena, mejoran sus relaciones con Francia. Luis XIV hace una concesión al rey de Inglaterra, pues si bien sigue negándose á reconocerle previamente á todo tratado, le hace saber que «mediante la conclusión de la paz y al tiempo de firmarse ésta, reconocerá al príncipe de Orange como rey de Inglaterra sin dificultad, condición, restricción ni reserva alguna.» Desde aquel

momento, decídese Guillermo III á llevar rápidamente las negociaciones preliminares y hasta á tratar «algo bruscamente» al ministro imperial, y comunica á los aliados los últimos ofrecimientos franceses respecto de Estrasburgo y propone que se discutan en congreso bajo la mediación de Suecia. La alternativa que ofrecía Francia era la siguiente: ó la restitución de Estrasburgo en el estado en que se hallaba la plaza en 1681 y con la condición de que en adelante no se aumentarían sus fortificaciones, y el restablecimiento de los duques de Lorena en su ducado, á tenor de la cláusula del tratado de Niméga; ó la retención de Estrasburgo mediante un equivalente razonable y la devolución de Lorena en condiciones más ventajosas para el duque.

El día 4 de febrero de 1797 la mediación sueca fué aceptada por todos los beligerantes excepto por España, que no quería oír hablar de paz, á no ser que se reprodujesen las condiciones del tratado de los Pirineos ó que se le prometiese, cuando menos, la restitución de un gran número de poblaciones de los Países Bajos, la mayoría de las cuales habían sido conquistadas por Francia antes del tratado de Niméga. El emperador aceptaba como base de las negociaciones el tratado de Westfalia, pero interpretado «en el sentido natural y verdadero,» es decir, según la interpretación alemana (1), y además reclamaba la restitución de Lorena al duque sin ninguna reserva, y la de Bouillon al obispo de Lieja. Esas condiciones eran inaceptables para Francia.

Leopoldo tenía interés en prolongar la guerra hasta la muerte del rey de España, para encontrar en Europa, coligada y en armas, un apoyo contra la casa de Borbón; pero Guillermo III quería terminarla á todo trance, y, á instancias suyas, los holandeses pidieron al emperador que no se opusiera á que se celebrasen las conferencias, mediante el compromiso por su parte de apoyar con todas sus fuerzas las pretensiones austríacas.

El congreso reunióse el día 9 de mayo en el Nieuwburgo, castillo situado cerca de la aldea de Ryswyk, al Sur de La Haya. Aquel castillo, residencia de los príncipes de Orange, alzabase en medio de jardines rectangulares circuidos de canales, y parecía haber sido construido para albergar á una asamblea de diplomáticos. En el centro había un vasto salón, que se reservó al mediador, y á derecha é izquierda del mismo extendíanse dos alas exactamente paralelas, que se destinaron á los plenipotenciarios de las dos partes.

En las primeras sesiones, Lillieroot, representante del rey de Suecia, que era mediador, intentó organizar conferencias comunes; pero, á consecuencia de dificultades del protocolo, no hubo modo de entenderse, decidiéndose entonces que las dos partes permanecerían separadas y que el mediador transmitiría las peticiones y las respuestas de una y otra. Aquellas negociaciones por escrito habrían podido prolongarse indefinidamente; pero el 8 de junio los plenipotenciarios franceses, Ca-

(1) Véase sobre este asunto, Conde de Haussonville, *Histoire de la Reunion de la Lorraine à la France*, t. III y IV, París, 1860. Bardot, *La question des dix villes impériales d'Alsace depuis la paix de Westphalie jusqu'aux arrêts des «réunions» du conseil souverain de Brisach (1648-1680)*, Lyon, 1899. A. Overmann, *Die Abtretung des Elsass an Frankreich im Westphälischen Frieden*, Carlsruhe, 1905, y en la pág. 8 del presente tomo.

llieres, Harlay de Bonneuil y Verjus de Crecy, notificaron que no podían conceder nada que excediera á lo concedido en el tratado de Niméga, declaración categórica que no se prestaba á las negociaciones vagas é indecisas con las cuales contaba la corte de Viena y que necesariamente había de traer consigo la ruptura ó la paz.

Guillermo III evitó la ruptura convencido de que, á pesar de una inteligencia con Dinamarca, que se declaró contra Francia, la prolongación de las hostilidades no podía causarle más que perjuicios. Tres ejércitos franceses operaban, uno en Alemania, otro en Cataluña y un tercero en los Países Bajos; y este último, reforzado con las tropas que eran ya inútiles en Italia, se apoderó de Ath el día 6 de junio y marchó sobre Bruselas. En América, las colonias inglesas estaban seriamente amenazadas por Frontenac (2); de Iberville se había aproximado á Boston y luego, en una expedición contra Terranova, se había apoderado de San Juan y había conquistado casi toda la isla; y á principios de 1697 habíanse organizado dos expediciones, una contra los establecimientos de la bahía de Hudson y otra contra Boston y Nueva York. De modo que Francia parecía llevar ventaja en todas partes.

Guillermo tenía, además, otra preocupación, la de privar á los jacobitas del apoyo de Francia y consolidar su propia dinastía; y para decidir á Luis XIV á que abandonase al rey Jacobo, encargó á su confidente, el holandés Bentink, á quien se había otorgado el título de lord Portland, que se avistara con Boufflers, gobernador de los Países Bajos. Unas cuantas entrevistas celebradas en las cercanías de Hal en julio de 1697, bastaron para llegar á una inteligencia, por virtud de la cual Luis XIV renunció á reclamar para los partidarios del rey destronado una amnistía general y la restitución de sus bienes, y Guillermo, por su parte, dió «su palabra secreta» de no admitir en su principado de Orange á los protestantes franceses. Guillermo quería obtener del Rey Cristianísimo la promesa en términos formales de que ya no apoyaría á Jacobo II y le haría salir de su reino; pero Luis XIV se negó á suscribir tales condiciones y únicamente prometió no ayudar directa ni indirectamente á los enemigos del rey de Inglaterra. Guillermo se contentó con este compromiso.

«Mientras los generales hacían la paz, los embajadores hacían la guerra.» Los españoles persistían en su arrogancia y en nada querían ceder; pero algunos reveses les hicieron más acomodaticios. El día 9 de agosto, Pointis regresaba á Francia después de un cruceo que tiene algo de novelesco, y durante el cual había, en el mes de abril, tomado y saqueado Cartagena, principal depósito del comercio español con América, habiéndose apoderado de un botín «inconcebible» en oro, plata y piedras preciosas. El mismo 9 de Agosto, el duque de Vendome se apoderaba de Barcelona, después de cincuenta y dos días de trabajos de zapa y dos asaltos; la escuadra de Tolón se había aprovechado de la partida de la escuadra anglo-holandesa para bloquear aquel puerto. España vejase, pues, en la necesidad de pedir la paz.

(2) Lorin, *Le comte de Frontenac. Etude sur le Canada français à la fin du XVII<sup>e</sup> siècle*, 1895.

Los holandeses, como siempre, deseaban la terminación de las hostilidades y la reanudación de las relaciones comerciales. Luis XIV que había restablecido durante la guerra la tarifa rigurosísima de 1667 (1), prometió reemplazarla con otra más moderada, que se discutiría dentro del plazo de tres meses; y en caso de no llegar a una inteligencia en ese tiempo, se aplicaría de derecho la tarifa de 1664. Asimismo les concedió la exención del derecho de cincuenta sueldos por tonelada y la autorización para vender en Francia el arenque salado y la sal extranjera. «Comprendo, escribía el rey en 27 de agosto de 1697, los inconvenientes que tendrá para mi reino la concesión a un mismo tiempo de esos dos artículos; pero la continuación de la guerra causa demasiadas desgracias a la cristiandad para que yo no contribuya con todo mi poder a su terminación.»

El emperador no había aceptado aún ningún acuerdo cuando llegó el fin de agosto, fecha fijada por Luis XIV para la firma del tratado de paz. El rey entonces comunicó al congreso que no mantenía ya sus anteriores proposiciones con relación al emperador y que pensaba retener Estrasburgo. Y aun estas condiciones habían de ser aceptadas antes del 20 de septiembre; transcurrido ese plazo, quedaría en libertad para introducir nuevas modificaciones. Guillermo, los Estados Generales y el mediador intercedieron en favor de Leopoldo; pero una nueva entrevista, celebrada en septiembre entre Portland y Boufflers, no dió ningún resultado y por un momento llegó a hablarse de reanudar las hostilidades. La política francesa había sufrido en aquel entonces dos contratiempos: por un lado, el trono de Polonia, vacante por muerte de Sobieski, acaecida en junio de 1686 y que Luis XIV habría querido para el príncipe de Conti, fué adjudicado al candidato de los aliados, el elector Augusto de Sajonia, quien fué coronado rey de Cracovia en 15 de septiembre de 1697 (2); y por otro, en Hungría los turcos retrocedían ante el príncipe Eugenio. Sin embargo, los holandeses y los ingleses no estaban dispuestos a arruinarse para que fuese restituida al emperador la ciudad de Estrasburgo, en cuya suerte no tenían interés alguno directo; así es que las manifestaciones de Leopoldo y de los príncipes del imperio no lograron impedir que, en la noche del 20 al 21 de septiembre, las Provincias Unidas, Inglaterra y España firmasen la paz con Francia.

Un mes más tarde, el día 30 de octubre, Leopoldo cedió al fin, después de haber intentado arrancar a Luis XIV una renuncia a la sucesión de España. El emperador reconocía a Francia la posesión de Estrasburgo y prometía conservar la religión católica romana en las poblaciones restituidas al imperio.

#### IV. - Resultados de la guerra de 1688

Luis XIV había roto las hostilidades en 1688, en una ocasión en que creía poder zanjar rápidamente la cuestión de las reuniones y las del Palatinado y del arzobispado de Colonia y de este modo hacer abortar la liga que contra él se formaba. Pero no había logrado su intento, sino que, por el contrario, habíase constituido

(1) Véase, pág. 102.

(2) Sobre los asuntos de Polonia véase especialmente Mario Topin, *L'Europe et les Bourbons*, 1867.

la Gran Alianza de Viena, y, como consecuencia de ella, había estallado una guerra terrible, memorable por sus crueldades y por sus batallas sangrientas, e indecisa, porque si bien todas las potencias occidentales reunidas no habían podido vencer a Francia, sola y sin aliados, tampoco Luis XIV había podido triunfar de tantos adversarios.

En resumidas cuentas, los aliados hubieron de renunciar a imponer a Francia los límites de los tratados de Westfalia y de los Pirineos; pero Francia hubo de hacer numerosas e importantes concesiones. Luis XIV restituye Lorena, conservando en ella sólo dos plazas, Sarralouis y Longwy, y contentándose con el derecho de que sus tropas puedan atravesar el ducado, renuncia a la soberanía de los cuatro caminos (3); y devuelve al imperio todos los lugares situados fuera de Alsacia que habían sido ocupados, así por vía de hecho durante la guerra, como por vía de unión y de reunión, tales como Tréveris, las ciudades del Palatinado, el ducado de Dos Puentes, Kehl, Friburgo, Viejo-Brisach y Philippsburgo. Bien es verdad que, a cambio de tales concesiones, se le reconocía en todo derecho y propiedad la posesión de Estrasburgo; que respecto de las pretensiones de la duquesa de Orleans sobre el Palatinado, se convenía que serían sometidas a un arbitraje (4); y que en cuanto al electorado de Colonia, aunque continuaba poseyéndolo la casa de Baviera, el príncipe de Furstenberg debía ser reintegrado en el disfrute de todos sus bienes y honores. Por lo que toca a España, recobraba Luxemburgo y todas las plazas anexionadas después de la paz de Nimega, a excepción de algunas pequeñas localidades (5).

Por otra parte, el duque de Saboya había recobrado Pignerol y asegurado su independencia; los holandeses, satisfechos de la restitución de las plazas belgas a España, obtenían ventajas comerciales; y los ingleses recuperaban sus establecimientos de la bahía de Hudson y de Ferranova, es decir, el monopolio de las peleterías y de las pesquerías. En cambio, los holandeses restituían a Francia Pondichery. Finalmente Luis XIV reconocía en Inglaterra un gobierno que le era naturalmente contrario y que la guerra había consolidado, y se obligaba a no suscitarle más enemigos, abandonando por consiguiente la causa de los Estuardos.

En aquella guerra comenzada en 1688, como en la que inició en 1672, Luis XIV vió, pues, defraudadas sus esperanzas. Creyó acabar pronto tomando la ofensiva y se equivocó; y una vez fracasada su empresa, procuró salirse de ella del mejor modo posible, entablado muy pronto negociaciones y mostrándose conciliador. Pero sus adversarios, confiados en su número, hicieron se de rogar; con lo que hubo de proseguir la guerra, que se prolongó por las mismas razones que la precedente. Francia, aunque igual ó superior en fuerzas, no dió ningún golpe decisivo, ya porque hubo de dividir sus esfuerzos entre el mar y la tierra, y en tierra entre sus fronteras del Norte, del Este, del Sudeste y del Sur, ya

(3) Véase *Historia de Francia*, t. VII, 2, pág. 344.

(4) El arbitraje confiado al papa Clemente XI terminó en 17 de febrero de 1702 con un laudo que obligaba al Elector a pagar trescientos mil escudos a la duquesa.

(5) En 3 de diciembre de 1699 firmóse en Lila un tratado de límites entre las comisiones francesa y española.

porque siguió, como antes, la táctica de evitar los riesgos de las grandes batallas. La principal razón de que cesara la lucha fué el agotamiento de los beligerantes; acaso también Luis XIV, con mira a la sucesión de España, cuestión que de un momento a otro podría plantearse, quiso, con sus concesiones, atraerse a Inglaterra y Holanda y procurarse la alianza de los príncipes de Saboya y de Lorena, a fin de que el emperador no encontrase aliados el día en que se tratase de disputarse la herencia.

Mas, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el estado de Europa se modificó en detrimento de Francia. La casa de Austria consolidóse en Alemania; y Leopoldo hizo elegir a su hijo rey de los Romanos y después de Hungría reconquistó la Transilvania. Pero el gran acontecimiento fué la victoria de las potencias marítimas, especialmente de Inglaterra, que decididamente quedó por encima de su rival Holanda; con razón, pues, la Cámara de los Comunes calificó la paz de Ryswyk de «tan honrosa y ventajosa,» y dió a Guillermo III las gracias «por haber devuelto a Inglaterra el honor de sostener la balanza de Europa.»

Otro suceso de importancia fué la desaparición de la monarquía de derecho divino en Inglaterra. Guiller-

mo III es rey por la voluntad de la nación, y en lo sucesivo «el soberano reina en virtud de un derecho que en nada difiere de aquel en virtud del cual todo propietario escoge al representante de su condado.» Fíjense las condiciones del nuevo gobierno y se concretan los derechos del rey y del Parlamento. Las Cámaras han de ser convocadas con frecuencia; velan por la ejecución de las leyes, fiscalizan el poder ejecutivo, y sin su voto ni puede cobrarse ningún impuesto ni mantenerse ejército alguno en tiempo de paz. Proclámase la libertad de las elecciones, la de petición, la individual, en una palabra, todas las libertades que habían violado los Estuardos. En 1693 la prensa es libre. El triunfo del régimen parlamentario queda, pues, asegurado.

Por último, en aquella fecha, parece conjurado para Inglaterra el peligro de una competencia francesa en el imperio de los mares. La fuerza naval de Francia, las aptitudes de sus poblaciones marítimas, su valor, su espíritu aventurero se han patentizado durante aquella guerra, en la que se ha visto asimismo cómo el papel de la marina disminuía, se borraba, se reducía a la nada. El gran sueño de Colbert se ha disipado quizás por culpa de «la naturaleza anfibia» de Francia; acaso también por culpa de la política de orgullo y de magnificencia.